Año 2º MÉXICO, 16 de Marzo de 1884 Núm. 11

Directora propietaria, Concepcion Gimeno de Flaquer.

LIT E. MOREAU Y Hno. MEXICO.

REBECA

DIRECCION, HOTEL ITURBIDE Núm. 74.

SUMARIO

TEXTO:—*Influencia del cristianismo en la sociedad*, por Francisco de Paula Flaquer.—*Escritoras españolas*, por el Conde Casa Valencia, de la Academia Española —*La Madrileña* (continuacion), por Patrocinio de Biedma.—*La mujer*, por el Presbítero Ramon Valle.—*A mi hijo Eduardo*, por Eduardo Noriega.—*Lágrimas y sonrisas*, contraste, por Miguel Ulloa.—*Crepuscular*, por Antonio de P. Moreno.—*Crónica mexicana*. Memorias de un desocupado, por Julio Espinosa.—*Su héroe ideal* (continuacion).—Novela traducida del inglés por Emilia Quintero y Calé.—*Nuestras ilustraciones*, por Vestina.—*Invitacion*.—Teatros.—Anuncios.

INFLUENCIA DEL CRISTIANISMO EN LA SOCIEDAD.

I

En la entusiasta contemplacion de los hechos históricos que á nuestra vista se suceden cual hermoso panorama, donde vemos pueblos y generaciones, sabios y filósofos, dominadores y dominados, señores y esclavos, nobles y plebeyos, no encontramos nada tan culminante, tan trascendental y de tan provechosos resultados para la sociedad, como la aparicion y propagacion del cristianismo. La filosofía de la historia así nos lo demuestra, presentándolo como el punto de apoyo de nuestra civilizacion, y como el bello ideal de la suprema felicidad humana.

Pero para apreciar mejor la gran influencia del cristianismo, debemos retroceder á tiempos anteriores, y al observar la anarquía de aquellas sociedades, notarémos como causa originaria el quebrantamiento de la sagrada alianza entre Dios y la criatura por la violacion de la ley natural, hoy felizmente apreciada y generalmente reconocida. Del Supremo Hacedor vino la primera luz, á Él debe la humanidad recurrir si anhela caminar con paso firme por la hermosa senda de la verdadera civilizacion.

En efecto, si queremos separarnos de las sendas del error, hemos de alzar los ojos y contemplar ese azul purísimo por medio del cual viene á nosotros toda clase de luz y resplandores. Forzoso es comprender que, si deseamos huir de una espantosa tormenta, debemos abandonar la tierra, y léjos de guarecernos en deleznables viviendas que pueda derribar el vendaval, buscar la única mansion segura que es la del cielo. Al cielo hemos de acudir si deseamos hallar luz en los hechos sociales, si de los trastornos humanos y revoluciones políticas queremos entresacar la verdadera marcha de la civilizacion universal y de la constitucion de los pueblos.

A priori y por la sola razon, no se nos oculta que, nacido el hombre para ser asociado á otro hombre, no podia abandonársele en la peligrosa tarea de su asociacion. Así es que en su naturaleza constitutiva y esencial, vemos diversas condiciones que, á haber sido constantemente aceptadas y bien definidas, nos hubieran dado desde el principio del mundo, sociedades, aunque sencillas, bien organizadas. Por eso observamos en el hombre completamente marcados los contornos de su individualismo, pues vemos en el enlace de su voluntad é inteligencia, y en la conformidad de naturaleza con sus semejantes, la base de la libertad é igualdad, que son las fuentes de todos los derechos que se pregonan inalienables é imprescriptibles en las más avanzadas constituciones.

Pero con el objeto de acercar, no sólo con espontaneidad sino hasta con pasion esas entidades, que de otro modo serian demasiado individualistas, envuelve el corazon del hombre una red de amor formada por los exquisitos y puros sentimientos de familia, que le llaman á la asociacion. Para continuar esta obra, se ve á la familia sentir tambien, aunque con ménos intensidad que el amor recíproco de sus individuos, afecciones hácia sus semejantes, que por lo general no son más que la extension de la primera familia, formándose de este modo asociaciones que, ora tienen la movilidad del aduar, ora la estabilidad del municipio. Para ensanchar finalmente y completar esa asociacion, aún observamos afinidad entre los pueblos, que encerrados casi siempre en límites naturales y geográficos, se mueven á impulso de un sentimiento de independencia que los levanta como á un solo hombre, el dia que ven ultrajada ó amenazada á su patria ó nacion, que así llaman á la unidad física y moral que de nuevo han formado.

Todo este órden social, esculpido en la naturaleza moral del hombre, no necesitaba al parecer otra garantía que la de un recuerdo y sumision al Supremo Autor de este órden, por medio de una religion. La necesidad y trascendencia de la religion para las sociedades políticas, no sólo está probada por el hecho universal de tenerla todas, perfecta ó imperfecta, sino por la idea de una inmensa gratitud al gran Constituyente del órden moral y social, y por la confianza que debiera inspirar la intervencion del que habia establecido sus bases.

El quebrantamiento pues de esa sagrada alianza entre el Creador y la criatura, nos dice la historia que sumió á las sociedades antiguas en un tenebroso caos, en que el individualismo fué supeditado por el poder social, la familia envilecida y trastornada por la poligamia y el divorcio, el pueblo esterilizado por el desprecio al trabajo, y la opinion social extraviada en los puntos capitales de la constitucion humana, y áspera y grosera en costumbres. En vano ponderamos ciertos rasgos de antigua cultura oriental, de libertades griegas ó de grandeza romana; á los derechos del individuo, hoy procla-

mados inalienables, les corroian la esclavitud y las diferencias sociales, á la familia la instabilidad y el vicio, y á toda otra sociedad civil ó política, el despotismo de un hombre ó de una clase.

Cuanto más olvidada estaba al parecer la naturaleza humana en relacion á sus elementos sociales; cuando los esfuerzos de todas las sociedades antiguas, que habian ensayado todas las formas políticas, estaban agotados y no habian logrado realizar nada perfecto y duradero, ni acomodarse al plan natural de asociacion que hoy nos la explican sencillamente los afectos humanos, una nueva religion, nos dice tambien la historia, vino á rehabilitar al hombre perdido y pervertido entre las teogonías y mitologías antiguas.

Del cielo habia descendido la primera luz que se habia empeñado en desfigurar el hombre: del cielo descendió la nueva luz que ninguna vicisitud humana logrará ya extinguir.

Tal es la venida de Jesucristo y la propagacion del cristianismo.

FRANCISCO DE PAULA FLAQUER.

[*Concluirá.*]

ESCRITORAS ESPAÑOLAS.

Hasta en los siglos XVII y XVIII, tiempos de gran decadencia y de gusto detestable en nuestra literatura, no disminuyeron un punto en las señoras las aficiones literarias. Sabemos que en una justa poética que se celebró en Murcia el año 1727, en honor de San Luis Gonzaga y de San Estanislao de Kostka, acudieron á lucir su ingenio cinco poetisas y nada ménos que ciento cincuenta poetas. Probablemente todos serian meros versificadores, y los versos entónces presentados, de cierto no harian honor ni á los autores ni á los santos, mártires póstumos del concurrido certámen.

Los peligros de la guerra de sucesion y la gravedad de los sucesos políticos no llegaron, sin duda, á turbar la tranquilidad y el reposo de la vida monástica, cuando no impidieron dedicarse á la poesía mística en los primeros años del largo reinado de Felipe V, á la afamada sevillana Sor Gregoria de Santa Teresa, entre cuyas obras, las más todavía inéditas por desgracia, sobresale el *Coloquio espiritual*. Tambien se dedicó al mismo género literario, Sor María del Cielo, célebre poetisa portuguesa, que escribió en castellano *Las lágrimas de Roma*, otros autos alegóricos y no pocas poesías. En la época de Fernando VI, otra monja poetisa, Sor Ana de San Jerónimo, digna hija del ilustre conde de Torrepalma, religiosa del convento del Angel en Granada, causó admiracion y entusiasmo en sus contemporáneos, al par que por su vasta instruccion y su peregrino ingenio, por su virtud acendrada.

Reservado estaba á una ilustre señora contribuir poderosamente con su iniciativa al progreso literario de aquel tiempo. Cuando se iba perdiendo la aficion á las academias literarias, tan en boga en los dos precedentes siglos, la condesa viuda de Lemos, despues marquesa de Sarriá, hermana del duque de Béjar, apasionada por las bellas letras, fundó en su magnífico palacio, imitando á un tiempo mismo las antiguas sociedades poéticas españolas y las costumbres de las damas de la primera sociedad de Francia, la *Academia del buen gusto*, á la que concurrian Montiano, Luzan, Nasarre, el conde de Saldueña, el marqués de la Olmeda, el conde de Torrepalma, Porcel, Velazquez, el duque de Béjar y otros vates de los mejores de entónces, atraidos por la juventud, la hermosura, el talento y la instruccion de la noble y discreta condesa, que con tales prendas fácilmente lograba reunir en sus tertulias á las personas más distinguidas por el saber y por la alcurnia.

Parnaso al revés llamó con gracia D. Juan de Iriarte á aquella academia en la que una mujer presidia á los poetas. En ella se leian poesías que quedaban unidas á las actas, que con gran formalidad y escrupulosa exactitud redactaba y firmaba el secretario Montiano; y asistian con frecuencia á sus sesiones la condesa de Ablitas, la duquesa de Santistéban, la marquesa de Estepa, que escribia versos, y la duquesa viuda de Arcos, que con la condesa de Lemos rivalizaba en aficiones literarias; si bien carecia del talento y donaire para representar comedias, que su amiga lucia en el teatro de su palacio, con gran contentamiento de los concurrentes á estas escogidas funciones. Estos altos ejemplos impulsaron en las señoras el desarrollo del gusto para cultivar las artes y las letras. La Academia de San Fernando, de creacion reciente, nombró por aclamacion á la duquesa de Huéscar, premiando así el mérito de sus obras, académica de honor y directora honoraria de la pintura, con voz, voto y asiento preeminente, y con opcion á todos los cargos académicos. Igualmente admitió en su seno aquella corporacion, por la excelencia de sus pinturas, á la marquesa de Estepa, ántes nombrada, y á la marquesa de Santa Cruz. Emulando con estas señoras, aunque en distinto género, Doña Josefa Amar y Borbon tradujo con suma elegancia la obra del abate Lampillas; la marquesa de Espeja vertió al español la *Filosofía moral*, del italiano Zanotti, y la condesa-duquesa de Benavente leyó útiles discursos en la Sociedad económica matritense, merced á la energía de Cárlos III, que con laudable empeño, y no sin reiteradas discusiones con los ministros, consiguió que las mujeres pudieran ingresar en aquellas asociaciones importantes, que tan señalados servicios prestaron.

Esta pública consagracion del mérito de las mujeres,

naturalmente habia de estimularlas á dedicarse á estudios más difíciles y formales. Alcanzó fama por su ciencia Doña María Isidra de Guzman y la Cerda, hija de los condes de Oñate, que á los diez y siete años tomó en Alcalá, el año 1785, el grado de Maestra y Doctora en Filosofía y Letras humanas, que el rey, por decreto especial, permitió que aquella universidad le confiriese, previos los correspondientes ejercicios, en atencion á las sobresalientes cualidades personales de que estaba dotada. En públicos exámenes probó su sólida instruccion, y que poseia el griego, el latin, el francés y el italiano, obteniendo el nombramiento de consiliaria perpetua y catedrática honoraria de filosafía moderna. Habia merecido tambien la singular distincion, que hasta ahora no se ha vuelto á conceder á mujer alguna, de tomar asiento en esta ilustre Academia, en la que leyó una *oracion*, notable por la elevacion de miras y la firmeza de la entonacion, á juicio del eminente crítico el señor marqués de Valmar

En los postreros años del reinado de Cárlos III, que tanto deseó mejorar la educacion literaria y científica de las mujeres, tuvieron alguna notoriedad Doña María de Hore, de mayor renombre por su belleza, por su instruccion, por su talento y por haberla consagrado una de sus fantásticas leyendas Fernan-Caballero, que por las pocas poesías suyas que hasta nosotros han llegado; y Doña María Helguero, monja de las Huelgas, que se dedicó á la poesía sagrada, y que á pesar de su indiputable ingenio, tuvo el extraño pensamiento de conmemorar la sagrada pasion en seguidillas. Bastante superaron á estas dos medianas poetisas, la amiga de Quintana, Doña María Rosa Galvez, en sus obras líricas y más aún en las dramáticas, y Doña Vicenta Maturana, autora de dos novelas, *Teodoro ó el huérfano agradecido*, y *Sofía y Enrique*, del *Himno á la luna*, bello poema en prosa, y de una corta coleccion de poesías, publicada, segun el Sr. Ochoa, para desvanecer una intriga cortesana encaminada á privarla del afecto y favor de la reina María Josefa Amalia de Sajonia, suponiendo que hacia los versos de la reina, invencion maligna, porque aquella augusta señora los componia con gran facilidad, si bien á las veces los consultaba con la Maturana. Tuvo esta escritora, de vida harto desgraciada, verdadero estro poético, y con frecuencia se reflejan en sus obras la amargura y la tristeza que debieron producir en su ánimo repetidas desventuras. Sirva de prueba el final de su elegía titulada *La Desesperacion*.

Soy cual barquilla expuesta á los rigores
Del irritado mar, cuando le agita
El soplo de los vientos bramadores;
Y al abismo veloz me precipita
El encono cruel con que la suerte
Tiene mi ruina y perdicion escrita.
Que no hay constancia que dolor tan fuerte
Resistir pueda, y toda mi esperanza
Se cifra en el sepulcro y en la muerte,
Que allí el imperio del dolor no alcanza.

Utilizó, sin duda, en gran manera sus instructivas y agradables conversaciones y sus provechosos consejos literarios, la reina María Josefa Amalia, que constante aficion mostró á la poesía, escribiendo en español muchos versos, que inéditos se conservan en el rico archivo de Palacio, por más que notoriamente no sean suyos todos los que llevan su nombre. Espectáculo tan raro es ver á una poetisa en el trono, dando forma á su inspiracion en extranjero idioma, que no parecerá inoportuno que aquí trascriba parte de algunas de las composiciones de la tercera esposa de Fernando VII, que son de todo punto desconocidas. En las *Oraciones para despues de comulgar*, dice con religioso fervor y arrepentimiento:

Dame una devocion ardiente y pura,
Dame una inagotable caridad;
Que mande con prudencia y con dulzura
Y obedezca con gozo y humildad;
Que á mis contrarios trate con blandura
Y pague con amor la crueldad;
Que la injuria sepulte en el olvido,
Mas nunca el beneficio recibido.

Así describe algunos de los deberes del verdadero cristiano:

Mortificar los sentidos,
Las pasiones refrenar,
Merecer y despreciar
Los elogios merecidos,
Socorrer los desvalidos
Mirándolos con amor,
Perdonar al ofensor,
Pagarle con beneficios,
Tener horror á los vicios,
Y piedad al pecador.

En la despedida de la Vírgen, al salir del Escorial, para reunirse con el rey en Valencia, hay estas estrofas, en que rivalizan la devocion y el cariño:

Yo te saludo, ¡oh dulce Madre mia!
Al alejarme de tu hermoso altar,
Como á mi amparo fiel, como á mi guía
Y clara estrella en proceloso mar.
. . . . . .
Mi esposo ya me llama; llegó el dia
Que de tu amor, mi corazon pidió,
Y al vernos borrará nuestra alegría
El llanto que la ausencia nos costó.

Citaré, por último, la siguiente décima, «sobre el tiempo y la eternidad, al contemplar un reloj:»

La aguja con paso igual
Corre, el tiempo señalando,
Del placer el fin marcando,
De la tristeza y el mal.
Pero cuando cada cual
Coja de su vida el fruto,
Cien siglos de gozo ó luto
Pasarán y mucho más,
Sin que parezca jamas
Que ha pasado ni un minuto.

Para completar esta rápida reseña de escritoras célebres ó notables que ya no existen, tan sólo me falta mencionar á dos de las más afamadas: Fernan Caballero y Gertrudis Gomez de Avellaneda. Pocas palabras diré de ellas, aunque muchas merecen, que han sido las dos contemporáneas nuestras, y todos conservamos indeleble en la memoria el recuerdo de su vida, y hemos sido testigos del extraordinario éxito de sus obras en España y en extranjeras naciones.

Acontece á las veces que el género literario en que sobresale el escritor de más genio de un país, no se cultiva en él despues con fortuna. Tres centurias han trascurrido desde que Shakespeare escribió sus imperecederas y admirables tragedias, y en ese largo tiempo no puede vanagloriarse Inglaterra de ningun otro insigne dramático, sin que basten á poner en duda esta verdad las amenas comedias de Sheridan, los correctos pero frios dramas de Jonson y las tragedias de Thomson. Análogo fenómeno se advierte en España. Es, sin duda, el *Quijote* el mejor libro de nuestra literatura, pero desde que Cervantes publicó su obra maestra, hasta época reciente, tan sólo vieron la luz novelas de aventuras ó picarescas, que no llenaron el vacío que en este difícil género habia. No dieron el resultado apetecido las tentativas de escritores de superior talento, despues del renacimiento del romanticismo, para que entre nosotros floreciese la novela con igual brillo y pujanza que en otras naciones. *El doncel de Don Enrique el Doliente*, de Larra; *Doña Isabel de Solís*, de Martinez de la Rosa, y *Sancho Saldaña*, de Espronceda, á pesar de su indisputable mérito literario, no lograron por falta de interes arraigar en España la novela histórica que tan universal renombre procuró al escocés Walter Scott, de cuyas obras, por la verdad y exactitud con que reproducen los personajes, los sucesos y las costumbres de pasados tiempos, pudo decir con acierto Mr. Villemain que eran mejores que la historia misma.

El Conde Casa Valencia,
de la Academia Española.

(*Concluirá.*)

LA MADRILEÑA.

(*Continuacion.*)

Lentamente las señoras de la pequeña ciudad de que nos venimos ocupando, y de cuyo nombre podemos decir como Cervantes que no queremos acordarnos, fueron alejándose de la pobre L....

Los motivos eran gravísimos: la hija de una de ellas habia reñido con el novio, porque habia elogiado éste con entusiasmo la inteligencia y la gracia de la madrileña, y esta jovencita inocente perdia un buen partido por la peligrosa competencia.

Otra tenia el dolor de que su marido, apasionado como todos de aquella coqueta, la hubiese acompañado en un paseo á caballo, hubiera tenido la osadía de coger para ella unas flores, que L.... habia colocado en su pecho, riendo á carcajadas, y con un descaro inaudito.

Otra estaba ofendida porque en una representacion dramática, organizada por aquella elegante prófuga de los salones de Madrid, que se hacia alguna vez la ilusion de que estaba en ellos, se le habia designado un papel secundario, y además ¡qué horror! no se la habia arrojado más que una corona, que costeó L.... como las demas.

Ante tan poderosos motivos, todos se unieron contra la madrileña desvergonzada que las ofendia con su audacia, y ya la murmuracion tomó otro carácter, y la honra de la pobre mujer, que no habia cometido otro delito que el de ignorar la sabiduría de aquel antiguo proverbio castellano que nos advierte que *donde fuéremos hagamos lo que viéremos; item más* el de ser bella, ilustrada, independiente y querida; la honra de la encantadora jóven quedo hecha trizas entre los dientes de las provincianas, que una vez roto el dique que contenia su despecho, producido por los triunfos de la que creian su rival, se cebaron en ella con ensañamiento cruel.

Se la desdeñó, se la desairó, y cuando ella pudo comprender aquella hostilidad que sin rebozo se la demostraba, era ya tarde para impedir sus efectos.

Su marido no habia dejado de amarla, pero comenzaba á inquietarse de lo que era para él un motivo de orgullo: de que L.... fuese admirada.

La vida de aquella niña mimada cambió de fase: era el lago azul y purísimo cuya tranquilidad alteran las piedras que la maldad le arroja para romper se tersa superficie.

Quiso luchar, quiso hacer frente con su valor indiscutible á la sorda é implacable murmuracion que la perseguia, pero esto no era fácil; sólo encontraba en torno suyo el vacío, y al fin, cansada, habiendo vertido sus primeras lágrimas en aquel pequeño rincon del cual creyó hacer un trono de su belleza, llevando á él algo de su distincion, como lleva la rosa al jarron que la contiene algo de su perfume, dejó aquellos sitios de odiosa memoria para ella, con gran pena de las personas sensatas, que lo mismo en ese que en otro lugar se encuentran, y que apreciaban en su justo valor el mérito que la adornaba, y volvió á Madrid donde sin odios ni persecuciones brilla, como un diamante engarzado en una diadema; que mujeres como L..., para no perder su graciosa originalidad, para no vulgarizarse, necesitan la atmósfera de los grandes centros, para los cuales han nacido.

Toda mujer de Madrid que siguiendo las vicisitudes de la vida haya tenido que dejar la capital de España para ir á residir á una pequeña poblacion, reconocerá, con ligeras variantes, esta verídica historia como la suya propia, lo cual prueba nuestra creencia de que la madrileña sólo en Madrid se encuentra tal cual es, pues léjos de Madrid, se transfigura.

Su inteligencia más desarrollada por tener el cultivo de la educacion, y la enseñanza continua que se desprende por sí sola del espectáculo civilizador de un pueblo que atesora los adelantos de las artes, las ciencias, la política y cuanto el genio creador de nuestra época combina para embellecer la vida, la facilita medios de brillar, de distinguirse, de hacerse amar, que es el gran talento de la mujer.

La madrileña generalmente no es hermosa, en la acepcion verdadera de esta palabra; pero es bella, es linda, es graciosa, casi en su generalidad, y con muy raras excepciones.

Será difícil encontrar una madrileña de correctas facciones,

de amplio seno, de irreprochables formas, pero aun lo será más encontrar una que merezca en absoluto llamarse fea.

No es vistosa como la ardiente matrona valenciana; ni atractiva como la apasionada andaluza; y sin embargo, su figura fina, esbelta, delicada, su gracia culta, su elegancia original, propia, que fuera de ella no se encuentra, su oportunidad, su tacto, su conversacion vivaz, interesante, que no cansa, que no aburre, que es siempre nueva, le dan un encanto irresistible.

No necesita lujo la madrileña para lucir entre todas: seda ó percal, lana ó terciopelo, sus confecciones son siempre escogidas, y cuando sale á la calle con su vestido, modesto ó rico, pero de forma irreprochable, su cabello peinado admirablemente, su pié bien calzado, que luce al recogerse ligeramente la falda, y su andar rápido y vivo como si se deslizase, se lleva tras sí todas las miradas, y no pocas voluntades y corazones.

Podrian señalarse sin cometer error, por una persona observadora, cuáles son madrileñas y cuáles no, de las que en Madrid llenan calles, paseos y salones.

No se las confunde: tienen el *no sé qué* de que nos habla Balzac, y sus movimientos de agilidad nerviosa y vivaz, su actividad incansable para todo lo que es un placer, su inventiva y su ingenio, las daria á conocer en cualquier parte del mundo donde hubiese quien de Madrid se acordara.

La mujer de Madrid es ménos murmuradora, ménos envidiosa, *ménos mujer*, si se nos permite decirlo así, que la de cualquiera otra region, limitándonos á las regiones españolas.

El motivo es tan sencillo como indudable: está más ocupada.

El ocio crea todas esas pequeñas miserias que corroen el cuerpo social, como la humedad el moho que corroe el hierro.

El cuidado propio, en detalles minuciosos; el paseo que atrae, la reunion que incita á lucir y gozar, el teatro que entretiene, la visita que ocupa, podrán dar tiempo cuando más á esa ligera crítica que se condensa en una frase picante, en un dicho agudo, en una comparacion feliz, pero de ningun modo á ese sordo y lento trabajo de demolicion que amenaza en las pequeñas poblaciones la honra y el bienestar de las familias.

La madrileña pasa sobre los sucesos de una manera rápida, superficial, inofensiva: el suceso de la víspera no existe para ella, se borra en la vaguedad de la distancia, como si del ayer al hoy mediase un abismo.

La gacetilla del dia, el eco del último hecho notable que preocupa la opinion, la noticia del momento, esos son los elementos de su viva y chispeante conversacion: si alguno intenta hablar del accidente ya olvidado, se expone á sufrir sus graciosas burlas, por la poca novedad de lo que dice.

De apariencia delicada, de formas finas, la madrileña es fuerte é incansable, y lo mismo resiste en plena calle el hielo del invierno, que el calor abrumador del estío, si tiene que presenciar una fiesta. El tedio es para ella la más temible de las enfermedades, y huye de la soledad que lo produce, cuando la imaginacion no la ocupa, buscando con afan las diversiones.

Este afan, que forma una de sus costumbres, y que en realidad no aplaudirémos, es lo que da á la mujer de Madrid una apariencia de frivolidad y ligereza, que seguramente no tiene.

El sentimiento no es el carácter: éste se forma de las costumbres, de los accidentes, de los ejemplos que nos rodean, ó bien, si nace con el individuo como instinto, se modifica por estos medios; pero el sentimiento está en el sér como esencia de su forma.

Ofenderiamos á la madrileña si dudásemos ni por un momento de que sabe sentir.

Mil veces la hemos visto ante una cuna donde se agitaba un niño enfermo, con el alma entera fija en el ángel que sufria, temblando al más ligero peligro, sonriendo á la más leve esperanza, olvidada de sí, con ese olvido sublime de la madre que vive con otra vida y respira con otro aliento, en tanto que el cuerpecito amado de su hijo sufre la más ligera molestia.

Todos conocen su abnegacion como esposa, su valor como mujer, para hacer frente á las contrariedades de la vida, y es imposible negarle la sensibilidad que avalora esas dotes femeninas.

Pero la sociedad no va á buscar siempre sus convicciones al terreno íntimo y sagrado de la familia; las forma y las confirma en el movimiento de la vida pública, y la sociedad, juzgando de la mujer madrileña por su afan de brillar, por su exhibicion constante, por su apariencia indiferente, tiene el derecho de creerla frívola, insensible y ligera, al par que vanidosa y coqueta.

Estos dictados que se oyen con frecuencia, aludiendo á las madrileñas, no son exactos en absoluto, pero están justificados por su conducta exterior, única que puede ser juzgada.

La casa de la madrileña no es ese retiro perfumado y puro en el cual brillan como serenas estrellas las virtudes modestas de la esposa y de la hija, de esos dos eslabones de la cadena social, igualmente importantes pero de condiciones distintas, pues el primero ha de quebrarse para que se forme con el que aun no existe la solucion de continuidad de la familia que se dilata en lo porvenir.

No es el centro de todas las solitarias alegrías del amor, en sus múltiples manifestaciones, de las expansiones del cariño que alienta para la lucha que las exigencias sociales nos obligan á sostener: no es, en fin, el templo donde la mujer brilla, como niña inocente, como jóven adorable, como respetada compañera, como madre sublime: es más bien un lugar de descanso y tregua para la fatiga del mundo que atrae á la mujer para absorber su tiempo en inutilidades peligrosas.

Debemos decirlo francamente, por más que lo sintamos: la mujer que corre sin descanso en pos de las diversiones, la que se hace esclava del placer, la que todo lo sacrifica á la vanidad, por fuerza tiene que ver caer una por una, marchitas por el cansancio, esas flores de ternura y bondad que perfuman su alma sensible y la predisponen para el sacrificio de sí misma en favor del sér amado.

Y que la sociedad devora, que absorbe y que corrompe, no necesita afirmacion, pues está en la conciencia de todos el que así sucede.

No puede pedirse á la mujer del siglo XIX, y mucho ménos á la que ha nacido, como decimos en un principio, en esos grandes centros donde la vida se desarrolla con más elementos de civilizacion y progreso, el retiro absoluto de la mujer de los antiguos tiempos, que paralizaba, que embotaba sus facultades en un marasmo parecido á la muerte.

No: la mujer moderna, la mujer ilustrada de nuestras sociedades, tiene que formar parte de sus espectáculos, que embellecer sus centros recreativos, que alternar en sus placeres, no ménos que en sus trabajos.

Pero como la inteligencia y el buen sentido pueden graduar prudentemente sus actos para no destruir el equilibrio que debe sostenerse entre lo agradable y lo útil; hé aquí que la mujer puede muy bien, sin aislarse, sin aburrirse, sin hacerse olvidar, consagrar la mejor parte de su vida á la realidad de sus afectos, que la sociedad no ha de darle, porque su fondo bri-

llante más bien disuelve que crea, y fuerte con la seguridad de su dicha, pedir al espectáculo radiante de un pueblo que por todos los medios busca el placer, un poco de olvido para la monotonía de la existencia, pero no darle incondicionalmente, á cambio de un aturdimiento pasajero, lo mejor de sus sentimientos.

Cádiz. PATROCINIO DE BIEDMA.

(*Concluirá.*)

LA MUJER.

A LA SEÑORA DOÑA CONCEPCION GIMENO DE FLAQUER.

Coronado de flores, sonriendo,
El mal vencido de sus piés debajo,
Y en sus manos teniendo
Los santos instrumentos del trabajo;
Hecha su auréola con la luz robada
Al rayo, que á la lucha no se atreve,
Y la luz de la ciencia en la mirada,
Tal se presenta el siglo diez y nueve.
A lo léjos, hundida en el pasado,
La esclavitud, indigna para el hombre
Que su historia ha manchado,
Tal vez el porvenir regenerado
Olvide hasta su nombre.
¿Por qué á un hijo de Dios dará su hermano
Cuando el Padre comun bienes reparte,
Oprobios, y desprecios, y cadenas?
¿Por qué roba su parte
En el festin del Padre Soberano,
Y para sí tomando la alegría,
Una herencia de lágrimas y penas
Le deja, y una vida de agonía?
¡Cuál gozan los señores!
Los vinos de la orgía,
El perfume embriagante de las flores,
La música febril para el oído
Entre las dulces notas de la orquesta,
En el salon las pompas de la fiesta,
Y en la ergástula el llanto y el gemido.
Es la vida muy corta
A la hidrópica sed de la riqueza;
Aumentar la riqueza es lo que importa,
Que el alma se halla donde está el tesoro,
Y en él la dicha empieza:
La sangre y el sudor producen oro. . . . .
Corra la sangre, empápese la tierra,
Guerra á los hombres y á las almas guerra.
Pero ¿no érais los más? ¿No solamente
A vuestro empuje hubieran sucumbido
Los que el yugo os pusieron maldecido
Y el signo de la infamia en vuestra frente?
Pero ¿no érais los más? ¿Por qué inclinada
Vuestra cerviz miraron los tiranos?
Si cadenas llevaban vuestras manos,
Qué, ¿no pudieran soportar la espada?
Mas nada fué bastante
Para arrancaros de abyeccion tan dura,
¡Ay! ni el robado amor de vuestra amante.
Era la vírgen pura
Del prometido esposo separada,
En lágrimas bañada;
Y por sola venganza el hombre en tanto,
Aun más que ella derramaba llanto.
Y á la vista del hijo que gemia,
La madre era arrastrada con fiereza;
Sus espaldas el látigo partia,
Y él al suelo inclinada la cabeza,
Continuaba debajo
De otro látigo su ímprobo trabajo.
La codicia los hijos arrancaba. . . .
¿Pero era madre acaso,
Era madre en verdad la que dejaba
Arrancarse sus hijos,
Y á los verdugos no despedazaba?
¡Los brutos los chacales y las hienas
Hubieran destrozado las cadenas!
¡Mísera humanidad! Soberbia exalta
De tu razon la ciencia y poderío!
Nada con ella para el bien te falta;
Sol sin ocaso, sin riberas rio,
De la verdad y del saber emblema,
Joya la más preciosa;
Con ella tienes para ser dichosa,
Con ella tienes la bondad suprema.
Dí al hombre, díle sin engaño y dolo,
Que se basta á sí mismo,
Que se basta á sí solo. . . .
Para rodar en insondable abismo.
Los que volveis acaso la mirada
A los siglos que fueron, sin tristura,
A Roma celebrada,
A Atenas la bellísima y la impura,
Y al ver á aquellos hombres degradados,
No sentís, no sentís violentamente,
Ante ese cuadro que el horror inspira,
Lágrimas en los ojos espantados
Ni rubor en la frente
Ni en el alma la ira,
Dignos sois de ellos, siervos ú opresores,
Dignos sois de sufrir igual castigo,
Dignos de ser esclavos.... Mas ¡qué digo!
¡Mayor degradacion! de ser señores.
En vano la mirada
Llena de luz, la tez como las flores,
Luz de la Arcadia, rosas de la Jonia,
La boca nacarada
Cual la flor de granada
Que se abre bajo el sol de Babilonia,
La mujer dando cual la flor aroma,
Como el sol luz esplendorosa y pura,
Gimiendo como gime la paloma,
Y ofreciendo la dicha en su ternura,
A su señor amante sonreia.
Su señor la miraba
Como una nueva esclava
Que á su antojo lloraba ó sonreia.
¿Dónde estaban tus galas,
Ángel de los mortales, ángel bueno?
¿Por qué abatiendo tus fulgentes alas,
¡Ay! descendiste hasta tocar el cieno?
Alma siempre doliente,
Sintiendo mancillada tu inocencia,
Como espantoso sueño
Se pasó tu existencia
Bajo el poder de tu tirano dueño.
Refiéreme tu historia de dolores,
Cuando sin compasion y sin abrigo
El objeto feliz de tus amores
Te regalaba á su mejor amigo.
Refiéreme el infierno de tus celos
Que del alma en la pira funeraria,
Ahogabas con furor, porque los cielos
Eran sordos, de bronce, á tu plegaria.
Mas no: calla, mujer, esos dolores;

RAMON G. GUZMAN

NACIÓ EN JALAPA. † MURIO EN 24 DE FEBRERO ULTIMO

DIRECTORES Y APODERADOS DEL

Calla, que el alma mia
No es el alma feroz de tus señores.
¡ Oh templo de Idalía,
Venerado santuario de Citeres,
Romped, romped las hojas de la historia!
Corra el pudor un misterioso velo,
Olvide la memoria
El oprobio y baldon de las mujeres.
¿Cómo, Dios santo, religion se llama
Lo que escarnece al cielo
Y lo que al hombre y la mujer infama?
¿Para eso puso Dios en tu sonrisa
Oh ángel de amor, un mundo de esperanza?
¿Y para eso en tus ojos se divisa
Un nuncio de la bienaventuranza?
¿Para eso hizo, mujer, que en tu ternura
Supieras inspirar con amor tierno
Inmenso, eterno amor, porque él augura
El destino del hombre que es eterno?
¿Pues por qué así humillada, así vendida,
Si en tu ternura y en tu amor se encierra
La única dicha que hay sobre la tierra,
Miéntras llega la dicha prometida?
De tu ternura santa y amorosa
El que nos hizo nuestra dicha fia,
Hermana, hija, esposa,
Amante, amiga, madre;
¡Ah! madre sobre todo.... ¡Oh madre mia!
Sólo tu amor, mujer, nuestro bien guarda,
Y en él encierras, porque Dios lo quiso,
Recuerdos de un perdido paraiso
Y anuncios de un eden que nos aguarda.
¿Pues por qué ignora tu sin par valía
El mundo antiguo que tu sér humilla?
¿Por qué, mujer, doblabas la rodilla
Al que ante tí doblarla deberia?
¡Ay! que ella misma ignora
De su valer la palma!
¡Ay! que no sabe que ella es la señora,
Que es la materia y puede ser el alma!
Siglos y siglos el horror duraba;
Mas no es posible ¡oh Dios! que eterno sea.
Mas ¿quién humilla al que señor se crea?
¿Quién redime al esclavo y á la esclava?
¿Visteis la noche? La tiniebla fria
Llenando todo el infinito crece;
Mas de la misma sombra nace el dia,
Y se levanta el sol cuando amanece.
¿Qué misterioso acento
De un oscuro rincon de Palestina

SEBASTIAN CAMACHO

FERROCARRIL CENTRAL MEXICANO

Con no usado rumor conmueve el viento?
¿De otro modo es la voz cuando es divina?
Habla de Dios en nombre
Y hermano de los míseros humanos,
Exclama con poder: «¡Libre es el hombre!»
¿Lo escuchais? ¿lo escuchais? somos hermanos,
El siervo del pontífice es amigo,
Y pues esclavos no hay, ya no hay tiranos.
Ilota, ya de pié! Dios es contigo;
De Dios la gloria los espacios llena,
Y es Dios naciendo de mujer terrena
Igual al rey, al noble y al mendigo.
¡Si es un pesebre su brillante solio!
¡Si en una cruz de gloria se ha cubierto!
Inclínense ante el niño y ante el muerto
El Foro, el Partenon y el Capitolio!
¿Quién es la que se eleva del desierto,
Bajo los piés la luna, y revestida
Por el sol esplendente?
Las nubes son su alfombra bendecida
Y estrellas la corona de su frente.
Los arcángeles póstranse de hinojos,
Los querubes más bellos
Su luz avivan si los ven sus ojos;
Con sus dulces destellos,

¡Oh, firmamento! más hermoso brillas
¡Pero escuchad su nombre!
Es María, es mujer, madre de un hombre.
¡De rodillas, mortales, de rodillas!
¡Oh mujeres! cesaron vuestros males;
Los hombres de gran luz son alumbrados;
Si á una mujer adoran extasiados,
De pié, pronto de pié, ¡sois sus iguales!
Vírgenes, una vírgen os ampara;
Esposas, una esposa
Más que todos los hombres poderosa,
Su favor y sus gracias os depara.
¡Despertad vuestro amor! vuestras ternuras
De nuevo alegren á la tierra entera.
¡La mujer es del hombre compañera!
¡Paz á los hombres, gloria en las alturas!
¡Un Dios, una mujer, un hogar solo!
La esposa al fin con el esposo unida,
Las víctimas rompiendo el férreo yugo,
La Vírgen sonriendo,
Un Dios pobre y sufriendo,
La humanidad entera redimida!
Ya no hay ¡qué gloria! esclavo ni verdugo;
Tiende la libertad de polo á polo
Su cetro de oro, inclínanse las gentes,

Y contemplan los siglos reverentes
Un Dios, una mujer, un hogar solo.
Mas no sin lucha; como el mar inquieto
Aunque pasó la tempestad bravía,
No quiere estar sujeto
Y prolongar la tempestad ansia
Y no ceder en su furor intenta,
Y mueve su oleaje,
Y en su rudo coraje
Y en sus olas prolonga la tormenta;
Así el mal ya vencido
Se pretende mostrar amenazante,
Y en resistencias su furor denota,
Y se finge ardoroso y atrevido
Prolongando el instante
De que él mismo conozca su derrota.
¡Oh, no sin lucha! el ángel peregrino
Ya vencedor, los ojos lleva llenos
De llanto bien amargo aunque divino,
Porque marcado mira su camino
Con la sangre y las tumbas de los buenos.
Y nuestro siglo, el siglo de la lucha,
Será el siglo tambien de la victoria.
Nuestro es el triunfo y la brillante gloria,
Nuestro el hosanna que doquier se escucha.
La ciencia y la virtud son el emblema
Al cual el siglo con amor se inmola;
Mas falta mucho; unir en una sola
La ciencia y la virtud es el problema.
El marinero de luchar cansado
Que al fin encuentra bonancible viento,
Que debido á la brújula ha domado
El feroz elemento,
¿Por qué fiando en sí mismo
Y olvidando el pasado
Arrojará la brújula al abismo?
Pára y óyeme ¡oh siglo! Triste historia
Detras de tí y en el pasado existe.
¿Quién las armas te dió con que venciste?
¿Quién te dió tu laurel y tu victoria?
Que no olvides ¡oh siglo! es necesario,
Aunque al zenit avanzas prepotente,
Que ha nacido tu aurora en el Oriente,
Que ha nacido tu aurora en el Calvario.
¡Mujer! sé la primera
Que al avanzar al porvenir, eleve
La cruz como bandera:
Ella imposible que al harem te lleve.
Tu antigua esclavitud en ella acaba;
Comienza tu grandeza
Cuando la cruz tu dignidad abona,
Y la fuerte mujer que á su pié estaba
Colocó en tu cabeza
¡Oh mujer! la doméstica corona.
¡Mujer! ¡Esclavo! En nombre de las penas
Que vuestras nobles almas trituraron,
En nombre del serrallo y las cadenas
Que más allá del Gólgota os mancharon,
No dejeis, no, que un porvenir impío
Resucite un pasado tan sombrío.
Vírgen pura, la Vírgen sin mancilla
Calma la tempestad con su mirada.
Mujer casta y sencilla
Que en medio de crueles sinsabores
Tu alma por el dolor es traspasada,
Mírala dolorosa y resignada,
Ella la Vírgen fué de los dolores.
Mujer caida, con acento blando
Ella te llama y tu dolor serena,
Ella al pié de la cruz te está esperando,
Ella la amiga fué de Magdalena.
¡Ah! no dejeis que os roben la ventura
De una mujer celeste en quien se vea
El amor, el poder y la ternura,
Que os sepa consolar en la amargura,
Que sea madre y vuestra madre sea.
Lo haréis. Nada os resiste;
Hijos, esposo, padres, vuestro llanto,
Vuestras sonrisas como ley acatan.
Vuestra es la sociedad tal como existe.
Y este dulce poder que llega á tanto,
¡Oh mujer! la mujer no lo tenia;
Dios se lo dió porque lo dió á María.
Podeis salvar la sociedad entera
Bajo de vuestro cetro soberano.
El porvenir se encuentra en vuestra mano,
Será lo que querais. Él os espera.
Coronado de frutos, sonriendo,
El mal vencido de los piés debajo
Y en las manos teniendo
Los santos instrumentos del trabajo;
Hecha su auréola con la luz robada
Al rayo, que á la lucha no se atreve,
Con la luz de la ciencia en la mirada
Y coronado por la cruz sagrada,
Tal ha de ser el siglo diez y nueve.

RAMON VALLE,
Presbítero.

Leon, Febrero de 1884.

A MI HIJO EDUARDO.

Estás en el albor de la existencia
Y ya mi corazon temor abriga;
¿Qué habrá en la senda que tu planta siga?
¿Flores ó abrojos? ¿Ignorancia ó ciencia?
Antes de que te alumbre la experiencia
Tú elegirás la senda que te obliga,
Sin más consejo que mi voz amiga,
Sin tener otro juez que tu conciencia.
Si la senda del bien sigue tu anhelo,
No temas que el dolor en tu alma anide
Ni en tristes horas de amargura y duelo;
Si la senda del mal tu planta mide,
Jamas esperes dichas ni consuelo. . . .
Echada está la suerte. . . . tú decide.

México, Marzo 5 de 1884. EDUARDO NORIEGA.

LÁGRIMAS Y SONRISAS.

CONTRASTE.

I

Releyendo unas cartas amorosas
Que exhalaban perfume todavía,
Con la mano en el pecho, y con los ojos
En el cielo, lloraba Margarita.

II

Repasando tambien cartas de amores,
Por el tiempo ya casi desteñidas,
Con la frente en la mano, y con los ojos
En el suelo, un anciano sonreia.
¡Qué dulce era aquel llanto de la jóven!
¡Qué amarga de aquel viejo la sonrisa!

México. MIGUEL ULLOA.

CREPUSCULAR.

(Del álbum de Carlota.)

Cuando en apacibles tardes
En tu alcoba solitaria,
Mires el sol ocultarse
Tras rojos velos de gualda;
Cuando las auras errantes
Murmuren en tu ventana
Como notas misteriosas
De desconocidas arpas,
Y recojan los suspiros
Que melancólica exhalas;
Cuando el crepúsculo vierta
Su luz indecisa y vaga
Sobre las ásperas cimas
De las enhiestas montañas,
Piensa, mi bien, que mirando
Cómo la tarde desmaya,
Cómo se cierran las flores
Y los astros se levantan,
Recuerdo las dulces horas
Llenas de amor y esperanza,
Escritas de nuestra vida
En las misteriosas páginas,
Y te mando en mis suspiros
Dulces promesas del alma.

México. ANTONIO DE P. MORENO.

CRÓNICA MEXICANA.

MEMORIAS DE UN DESOCUPADO.

¡Ociosidad, hermosa ociosidad, cómo te han calumniado! Dicen que eres madre de todos los vicios, y yo creo, por el contrario, que tú engendras todas las virtudes. No es cierto que por tu causa se pierdan los hombres, ni que la imaginacion, adormecida en tus brazos, conciba sólo locas ideas, planes desatinados. Los que así hablan, mienten, no te conocen. En cambio yo, adorador de tus delicias, te busco lleno de fe como el creyente á su dios.

No tengo un céntimo; mis bolsillos escuetos, apénas si se llenan de aire; voy perdiendo sin querer la memoria de los discos argentinos; ya no sé si se usan águilas republicanas ó monedas imperiales; ya no sé nada en cuanto á numismática; ni siquiera conozco el níquel: creo que fui el único que me salvé de sus malandanzas, y por consiguiente no me tomé el trabajo de murmurar contra el Gobierno. Esto se explica fácilmente: como carezco de ocupacion, estoy siempre falto de dinero, y sin embargo, cómo, duermo, me paseo, me divierto; llevo la vida de un marqués que la tenga buena.

Ahora mismo que por no tener ocupacion alguna me pongo á escribir mis memorias, acabo de dejar el confortable lecho: son las doce del dia, segun anuncia el reloj de la iglesia vecina. La gente civilizada, y sobre todo, la que ha dado en llamarse de buen tono, nunca se levanta ántes de esta hora. Ver salir el sol, ¡qué horror! eso es costumbre de gañanes; es menester, al despertar, encontrarlo á la mitad de su carrera.

Una vez hecho el gran sacrificio de abandonar la postura horizontal, se viste uno, procurando en la toilette salvar las apariencias; es decir, como lo hago yo, por ejemplo, que llevo un mes de no cambiarme camisa, pero cuya impulcritud encubro con los cuellos y puños postizos. El trajecito *de retrato*, como diria un fotógrafo hablando de su único vestido, se conserva, aunque algo ajado por el uso, perfectamente limpio, gracias á la benzina y á un cepillo, preciosa agua lustral y bendito hisopo que quitan todas las manchas, así la grasa de las comilonas como los salpiques del barro de las calles.

Arreglada de este modo la persona, se empuña el baston, se encasqueta el sombrero, y se lanza uno á la via pública en busca de los amigos desocupados, para departir en larga plática, sabrosa por lo mordaz, en casa de Micoló.

Si quieres, lector querido, saber las demas fases cuotidianas de la vida de un desocupado, pónte conmigo en marcha hácia la más elegante peluquería de México. Tén allí la paciencia de esperar á que me rasuren, me peinen y me acicalen á la moda, es decir, con dos monas onditas de pelo sobre la frente, y el mostacho arriscado, que sirve para dar un aire picaresco y de calaveron.

Platicarémos en seguida, si te place, sobre cualquiera cosa, que nunca falta materia para plática de pasatiempo. Sólo para hablar de los bastones que están á la venta necesitarémos dos largas horas, porque la coleccion de Micoló es admirable: los tiene de todas clases, formas y tamaños; bastones de peregrino, de *dandy*, á la inglesa, á la francesa, y hasta á la *china*. ¡Qué maravilloso surtido! Pero por más que lo sea, no ha de constituir ello el eterno tema de nuestra cháchara. Acerquémonos á aquel grupo que está debatiendo acaloradamente. Se trata de la ópera: el diálogo me parece curioso, y lo asiento en estas memorias, á pesar de que las inglesas han partido, y puede tenerse por esto como extemporáneo.

—Pepe, pregunta uno de tantos, ¿qué opinion te has formado de la Carrington?

—Ni buena ni mala, contesta el interpelado; es una mujer bonita.

—Canta bien.

—Eso dicen; pero no soy del mismo parecer: me agrada más como cantaba la Moriones.

—No opino como tú.

—¡Qué quieres! . . . aquella cantaba en español, y la entendia yo; ésta canta en inglés, y. . . . . no la entiendo.

—¡Qué talento! . . . . ¿Y la tratas?

—Anoche cenamos juntos.

—¿De qué hablásteis?

—De muchas cosas, de muchas.

—¡A ver, cuenta, cuenta! dijeron todos.

—Es cosa larga; cansaria á vdes.

—No; muy al contrario, nos darás un momento de placer.

—Pues bien; á la salida del teatro le propuse llevarla á cenar.

—¿Y aceptó?

—De mí aceptan cenas muchas mujeres. Como iba diciendo, en el trayecto del teatro á la Concordia, no sabiendo de qué hablarla, comencé por decirla: *Are you cold?* á lo que me contestó: *no, Sir.*—*Are you warm?* volví á preguntar, y ella repuso: *no, Sir.*—Guardamos silencio unos momentos, y al llegar á las puertas de la Concordia, hice aún otra pregunta del Ollendorff: *Are you hungry?*—Esto fué, como vdes. comprenderán, una imprudencia, y se mostró tan indignada, que ya no queria acompañarme.

Procuré tranquilizarla como pude; entramos á uno de los salones del restaurant, y pedí una lista en inglés. De ella, sólo entendia yo esta palabra: *chicken*, y no sabiendo de qué se compondrian los otros guisos allí anunciados, comencé y seguí pidiendo *chicken*. A los tres platillos de pollo, mi séria comensal gesticuló manifestando su desagrado, y en español bastante claro me dijo:

—Qué, ¿en esta fonda sólo hay este platillo?

—Hay otras cosas, repuse; pero. . . . ¿quiere vd. *chicken?*

Apiadada por fin de mí al comprender que no era yo muy fuerte en inglés, me propuso hablásemos en español y que pidiera platillos en el mismo idioma: mas estaba yo tan cortado por mi torpe ensayo lingüístico, que en aquel momento olvidé no sólo la lengua de Racine, en que tienen los fondistas manía de escribir sus listas ó *menus*, sino tambien la de Garcilaso que me enseñó mi nodriza. Así es que por *un Chateabriand* pedí *un cabrito*, y por un *vol-au-vent*, coliflores.

Este *quid pro quo* estoy seguro que causaria á mi rubia compañera, así como á mí me la produjo, una terrible indigestion.

Cuando palidecian las estrellas salimos de la Concordia; es decir, cuando los focos de luz eléctrica estaban apagados y el gas agonizaba en los faroles.

¡Qué frio tenia yo entónces y qué malo me sentí por las frecuentes libaciones! Yo veia que mi cabeza no andaba bien, ó que las casas no estaban en su lugar, porque las miraba pasar ante mis ojos con un voltejeo vertiginoso.

Llagamos, sin que yo supiera cómo, al hotel donde habita la Carrington, y allí, sin más ni más, me dijo de una manera rápida: *Good night*, y entróse apresurada en su cuarto, cuya puerta casi me rompió las narices al cerrarse violentamente.

Yo me quedé alelado, estupefacto, hasta que el frio viento de la noche disipó algun tanto las brumas de mi cerebro, y salí paso á paso y cabizbajo de aquel hotel que yo creí convertir en paraíso, y que entónces tenia para mí la triste y fria realidad de los monolitos que formaban sus escuetas y sombrías arcadas.

Así son las inglesas; mujeres frias, sin corazon, sin deseos casi. No se puede tratar con ellas. En su cuerpo tan bello no habita un alma ardiente, semejándose á esas blancas estatuas de mármol que forman la desesperacion de los artistas, y tambien de los que no lo son, por no poder convertirse en Galateas. . . . .

—Vamos! dijo uno de los presentes, este hombre es terrible para mentir.

—¡Oh! lo que digo es tan cierto, como que tú eres un hombre *comme il faut:* y en prueba de ello, te presentaré á la inglesa cuando vuelva.

—Permíteme que dude: conozco bien tus aventuras imaginarias.

—Señores, dijo otro, interrumpiendo el diálogo que amenazaba ser interminable, es hora de almorzar; ¿á qué fonda irémos? ¿á la de Catillon, de Recamier, Bella Union ó á la Concordia?

—Donde vdes. quieran, me apresuré á decir.

—Pues á casa de Catillon, dijo Pepe: allí verémos á alguna inglesa.

—Con tal que no encuentre á mis *ingleses* . . . . . dije yo para mi sayo.

Fuímonos á la indicada fonda. Aquel restaurant parece una Babel: gritos, ruido, baraunda, confusion, todo reina allí: en cambio hay muy buena comida, y lo que es todavía mejor, barata.

Figúrense vdes., cinco reales por almuerzo, y una lista de veinte platillos.

Serian las cinco de la tarde cuando nos levantamos de la mesa. Aquello era un campo de Agramante: botellas vacías, copas rotas, tazas de café derramadas, frutas destrozadas y esparcidas, y grandes manchas de vino en el mantel. Estas manchas, segun me han dicho, en el báquico simbolismo auguran *porte-bonheur*. Yo llevo, sin embargo, mucho tiempo de verlas sobre la mesa y aun sobre mi propio vestido, y todavía no me traen esa felicidad representada por un bolsillo lleno.

Profundamente cansado de tanto bullicio, y con una laboriosa digestion, me levanté de la mesa, y despues de despedirme de mis compañeros, pensé hacer una visita ó irme al Paseo, por supuesto á pié, como va siempre el Duque Job.

La idea de visitar tuvo más acogida en mi ánimo, y sin vacilacion ninguna me dirigí á casa de la Señora de Flaquer.

Ésta es una mujer de tan buen talento y de conversacion tan amena, que á su lado no se consulta el reloj, se olvida.

Cuando penetré en su habitacion, encontré á la bella escritora vestida con exquisito gusto, con esa elegancia que es en ella tan natural como sencilla. Su esposo el Sr. Flaquer, que en aquellos momentos corregia unas pruebas de periódico, tuvo la amabilidad de suspender su ocupacion para conversar conmigo, manifestándome su deseo de que yo tambien diese respuesta á la ingeniosa pregunta que la directora del *Album de la Mujer* ha hecho á varios literatos. Obsequiando su deseo, escribí en respuesta lo que pude, y en seguida me preparé á gozar de las dulzuras que proporciona la amena conversacion de ambos.

Cuando hablo con la Sra. Concepcion Gimeno, me parece que asisto á la lectura de un buen libro, de esos en que se cuida tanto la forma del estilo como el fondo de la idea; en que la fantasía, al desplegar sus alas para lanzarse á mundos desconocidos, se lleva consigo el alma, haciéndose sentir entónces todo lo grande y todo lo bello. La materia se desprende y queda el espíritu. Hay algo de sueño, de esperanza, tal vez de gloria, en la inspirada y armoniosa palabra de la elegante escritora, que con su privilegiada inteligencia evoca sin ningun trabajo, sin la menor fatiga, y cuando nos hace abandonar las riberas de la vulgaridad, cuando el espiritualismo aparece como un sol ardiente y puro, cree uno que la tierra se aleja y el cielo se abre para recibirnos. Es una mujer que tiene, no cabe duda, el talento de la conversacion.

Puedo deciros esto, gracias á una superchería de que me he valido. Le he rogado al regente de la imprenta de Diaz de Leon, que no le mande á la Sra. Flaquer las pruebas de esta revista. Es un buen amigo mio; ha querido complacerme, y él se justificará ante su directora. De otro modo, imposible publicar estas líneas: la Sra. Flaquer no consiente que se impriman en este periódico elogios dirigidos á ella. Uno de nuestros primeros poetas, Juan de Dios Peza, le dedicó hace quince dias una bellísima poesía ponderando su belleza y su talento, y la modestia de la Sra. Flaquer hace que las lectoras del *Album de la Mujer* se queden sin conocerla. Yo os ofrezco arrebatarle á Peza una copia, y publicarla en *El Monitor*.

Figúrense vdes. qué contraste tan rudo y qué cambio tan brusco no sufriria yo al dejar la florida conversacion de la señora Flaquer para caer en la prosa de mi lavandera que me reclamaba el pago de siete semanas de ropa. Esto era ir del paraíso al infierno.

¡Oh grosera prosa de la vida! ¿por qué te complaces en

envenenarnos los escasos momentos en que desprendiéndose el espíritu de toda traba, puede volar por regiones elevadas y puras?

¿Por qué no poder hacer de este mundo una oda?

El terrible contraste de la prosa y la poesía, tan amalgamadas siempre, es, bellas lectoras, lo que más desespera á quien se pone á vuestros piés, por hacer algo poético, á vuestro apasionado admirador

JULIO ESPINOSA.

SU HÉROE IDEAL.

Novela traducida del inglés

POR EMILIA QUINTERO Y CALÉ.

[*Continuacion.*]

Miranda se puso un impermeable, cogió á la niña de una mano y bajó.

Cuando llegó á la puerta del salon, titubeó en entrar, pero pensó: no, mejor; el tio lo aprobará despues, pero ahora llamaria á esto una necia novela. ¡Una novela! No lo dudo. . . . Al autor de esta carta es á quien debo la vida, y está muriendo!

Penetró en el carruaje con la niña, y al pasar por la puerta de hierro que daba entrada al palacio, vió allí una respetable y anciana mujer.

Mandó entónces detener el coche, y bajó el cristal de la ventanilla.

—¿Sois Mrs. Garden? preguntó.

La anciana respondió con una afirmacion.

—Dignaos entrar—prosiguió—necesito hablar con vos.

Diez minutos despues dijo al sorprendido cochero:

—Fenton, dirigid los caballos á Mear Street Hampstead Road.

—¡Bendiga el cielo vuestro generoso corazon y vuestros hermosos sentimientos, Miss!—dijo Mrs. Garden enjugando sus lágrimas.

Mear Street era un miserable callejon de pobres casas. Sólo en las noches de los sábados se interrumpia su acostumbrado silencio con tres ó cuatro carretones de fruteros, que con brillantes lámparas de petróleo se situaban allí.

La calle estaba aún muy oscura cuando Miranda, vestida de baile y cubierta con el impermeable, bajó del carruaje precedida de Mrs. Garden y la niña, entrando en una de las casas.

Subieron al tercer piso, donde la pequeña corrió á abrir una puerta y desapareció. La voz débil de un hombre exclamó entónces:

—¡Ah Nellie! Os han vuelto la espalda ¿verdad? ¡Cielos! Vuestra inocencia y hermosura ¿no habrán conmovido el corazon de la que disfruta de vuestra fortuna? ¡Qué porvenir os espera, Nellie!

—Nada nota, Miss,—murmuró Mrs. Garden,—está su cabeza tan extraviada con la miseria, que no puede creer hayais sido tan bondadosa.

Miranda no respondió y penetró en la habitacion. Estaba pobremente amueblada, pero muy limpia. Ardia en el hogar un pequeño fuego, y en un lecho cercano yacia un jóven.

Sus facciones eran hermosas y delicadas. Sus grandes ojos se habian hecho mayores y brillantes á causa de la enfermedad, y sus largos y rubios cabellos caian por su blanca frente.

Aunque muy cambiada, Miranda reconoció la inolvidable faz del soldado que la habia libertado de los cipayos, y cuya sonrisa habia quedado grabada en su jóven corazon.

Demasiado impresionada con la emocion, se adelantó hacia él sin poder hablar. Al ver el enfermo aquella figura, semejante á una vision fantástica, en medio de la oscura vivienda, se incorporó exclamando:

—¡Ah! ¡Miss Angerstein aquí!

—Es mi deber—respondió Miranda con extrema agitacion. —Si yo hubiera sabido ántes dónde vivíais, jamas habríais llegado á este estado. ¡No tendríais que pedir amparo á quien os debe tanto! Decid que no es tarde. ¡Por Dios, decídmelo!

Por un impulso de sus generosos sentimientos, Miranda se habia arrodillado junto al lecho del enfermo y habia cogido sus manos, miéntras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Él la contemplaba admirado.

—¿Me debeis mucho?—repitió él.—Perdonad, si no comprendo. . . . . ¿Cómo, Miss Angerstein, os hicísteis mi deudora?

—Salvando vos mi vida—respondió la jóven.

El enfermo pasó su delgada mano por la frente para reunir sus ideas.

Miranda lo vió y prosiguió:

—¿No recordais la rebelion india? ¿El *bungalow* donde las mujeres y niños buscaban refugio? ¿Donde fueron despues degollados por los cipayos? ¿Donde vos y vuestros bravos compañeros fuísteis á su socorro? ¿No recordais la niña que salvásteis de los indios que la habian arrancado de los brazos de su madre muerta ya?

—¡Cielos!—exclamó el enfermo incorporándose,—¿sois ella, vos. . . . . Miss Angerstein?

—Sí, yo soy.

—¿Y sabeis, Miss Angerstein, con quién hablais?

—No. . . .—respondió la jóven—ni aun sé vuestro nombre, pero me basta haberos encontrado.

—No, no basta eso. . . . . Soy. . . . .

Mrs. Garden y la niña ocupaban el otro extremo de la habitacion, y como era pequeña, él bajó la voz hasta ser únicamente perceptible para Miranda.

Al oir ella su nombre, dió un grito de asombro, sus manos agarraron el roto cobertor del lecho del enfermo, y sus dilatados ojos lanzaron una mirada deslumbrante sobre él.

—¡Imposible!—exclamó convulsivamente.

—¡Es verdad! ¿No habeis oido nunca nada. . . . . entónces? . . . .

—¡Nunca. . . . . nunca! ¡Oh, creedme!—murmuró Miranda.

—Os creo. Yo jamas me hubiera imaginado una faz tan hermosa. . . . . Si os conociera ántes, mis pensamientos serian otros. Ahora. . . . .—prosiguió con acento más débil—¡es demasiado tarde!

—No, no,—dijo Miranda apasionadamente,—no es demasiado tarde. Vuestra enfermedad es sólo el resultado de vuestros sufrimientos. Ahora pueden ser remediados.

—Vivid, que vuestra falta alcanzará el perdon. Contadme. . . contadme todo.

Una hora despues Miranda bajaba de la habitacion del enfermo. Sus sirvientes murmuraban por lo bajo creyendo su dignidad ofendida por estar aquel tiempo en *semejante agujero*.

Al entrar en el carruaje, dijo brevemente al lacayo que esperaba en la portezuela:

—A casa.

Cuando llegó se dirigió al salon, abrió la puerta y entró.

Mr. Elliston, que dormitaba junto al fuego, despertó con el ruido.

—¡Hola, querida!—exclamó al verla.—¿En casa ya? ¿Por qué? ¿Dónde habeis estado? Jaime me dijo que una niña os trajo una carta y que habíais ido con ella en el carruaje.

—¡Oh, tio querido!—dijo Miranda acercando una silla á su lado.—¡Imaginaos! ¡He hallado al salvador de mi vida! ¡Mi héroe ideal, como lo llamábais!

—¡Nunca! ¿Un simple soldado?

—Sí, tio; pero ha dejado las armas hace cuatro años.

—Un hombre juicioso. Y bien, querida, ¿cómo lo encontrásteis?

—De una manera, tio, que ha entristecido mi corazon. Me envió esta noche su pequeña y única hija, una niña muy cariñosa, á pedirme que la protegiese, pues él estaba muriendo. Cuando la oí, conocí que hubiera disfrutado muy poco en el baile, pensando en él, y me decidí á ir á su casa. Cogí la niña y encontré á mi salvador. . . . . mi héroe ideal.

Intentó sonreir, pero su voz temblaba.

—¡Oh! ¡Muy romántico es eso, Mimí—dijo Mr. Elliston acariciando dulcemente la mano de su sobrina.—Naturalmente vuestro héroe tendrá una esposa.

—No, tio, ha muerto. Era huérfana é hija de un eclesiástico (pues mi héroe es un caballero).

—¡Pobrecita! ¿Y le vísteis, querida?

—Sí; y. . . . . ¡oh tio!—añadió sollozando y apoyando su cabeza en el hombro del anciano;—¡está muriendo, no de enfermedad, sino de ina. . . . .

—¡Infeliz!—dijo Mr. Elliston con tristeza.—Ven, hija mia. Si esa es su única dolencia, podemos corregirla pronto. ¿Dónde está mi cartera? Si le envio algo por el correo de esta noche, lo recibirá en el primer reparto de la mañana.

—¡Querido tio!

Mr. Elliston conoció que su sobrina era sumamente sensible. Sin embargo, si se hubiera detenido á pensar, le hubiera extrañado su singular agitacion.

Miranda trajo la cartera y se arrodilló en el otomano.

—Ahora ¿qué cantidad le enviarémos, querida? ¿Veinte libras? Debemos recordar que está débil y puede sobrecogerle el verse con una gran fortuna de repente.

—Sí, querido tio, veinte libras;—respondió en voz baja la jóven.

—Muy bien. ¡Bueno! Ahora, Mimí, ¿á quién se le dirige esa cantidad? ¿Cuál es el nombre de vuestro héroe ideal?

Miranda reflexionó un momento. Sus blancas mejillas se sonrojaron. Al fin con voz clara y firme respondió:

—Gerardo Elliston.

El anciano dió un grito agudo La pluma cayó de sus manos y dirigió una mirada sombría á su sobrina.

—¡Miranda! ¿Qué decís? ¿A quién nombrais?

—Nombro, tio, á *vuestro hijo y mi primo*, para quien, en su nombre, os pido de rodillas el perdon!

Mr. Elliston luchaba violentamente con la emocion.

—¡Miranda!—dijo despues de breves instantes.—¿Cómo supísteis que yo tenia un hijo vivo?

(Continuará.)

NUESTRAS ILUSTRACIONES.

Rebeca.—Rebeca, la esposa de Isaac, es una de las más famosas mujeres de la Biblia. Fué hermana de Laban y madre de Essau y Jacob, los célebres hermanos que se disputaron el derecho de primogenitura. Rebeca poseia una belleza dulce y suave realzada por una púdica modestia.

Ramon G. Guzman.—Ramon G. Guzman nació en Jalapa en 1836 y ha muerto en México el dia 24 de Febrero del presente año. ¿Quién no conocia el nombre de Ramon Guzman? El nombre de Ramon Guzman es uno de los más populares en todas las Américas. Este simpático nombre se ha visto siempre asociado á toda empresa atrevida, útil y provechosa. Ramon Guzman puso su capital al servicio de su país, empleándolo en beneficio del público: Guzman brilló en la política y en el comercio; su talento financiero ha sido muy extraordinario y muy notable su actividad y acierto en el mundo de los negocios. Su pensamiento no reposaba un momento, afanoso de inventar algo nuevo, anhelante de contribuir al progreso de su muy amada patria. En los últimos momentos de su vida, vió suavizados sus dolores por la ternura de su bella y amante esposa y por las pruebas de afecto de sus numerosos amigos. Ramon Guzman ha dejado tres niñas chiquitas, las cuales estarán siempre muy bien escudadas, pues la viuda de Guzman es una señora dotada de clarísima inteligencia, de mucho carácter y de gran corazon. En la desgracia de que ha sido víctima ha demostrado gran elevacion de espíritu y gran temple de alma. Nos asociamos de corazon al justo dolor que experimenta la simpática Sra. Rosa Zayas de Guzman.

Sebastian Camacho.—Este distinguido caballero es hijo de Jalapa, de esa culta ciudad que ha dado tantos hombres ilustres á la República. Hizo sus estudios en México, y brillaron tanto sus notables facultades para las matemáticas, que quedó en la capital enseñando la ciencia de Arquímedes por espacio de 25 años. Camacho ha fundado los ferrocarriles de Sonora, Sinaloa, Durango y el Central, en union de R. R. Symson y de Ramon Guzman. Es presidente y vocal de diversas Compañías de minas y director de las Casas de Moneda del Pacífico, Guadalajara y Durango; vicepresidente del Banco Hipotecario y de las Compañías del Cable Mexicano y del Norte y Sud-América. El Sr. Camacho, que tanto se distingue en el mundo de la ciencia, es muy simpático en el mundo social, pues posee una instruccion variada que presta á su conversacion un tinte de agradable amenidad. Él y Guzman fueron siempre socios en toda empresa importante, siendo modelo de inquebrantable amistad. Por eso *El Album de la Mujer* coloca sus retratos juntos en este número, rindiéndoles un testimonio de simpatía con el cual cree interpretar los deseos generales de los habitantes de este país que tanto les deben. Los dos retratos que hoy ofrecemos, son debidos al inspirado lápiz de Santiago Hernandez.

VESTINA.

INVITACION.

La Directora de *El Album de la Mujer* invita á todos los literatos de la República para que la favorezcan tomando parte en el número que el dia 20 de Abril consagrará á Cervantes.

Suplicamos á todos los periodistas la reproduccion de estas líneas.

IMPRESO POR FRANCISCO DIAZ DE LEON,
Calle de Lerdo núm. 3.

ANUNCIOS

El Album de la Mujer se publica todos los domingos, resultando cuatro, y á veces cinco números mensuales.—Su precio: UN PESO cada mes en la Capital, y UN PESO CINCUENTA CENTAVOS en los Estados y fuera de la República, franco de porte.—**La suscricion se paga adelantada.**—Números sueltos, VEINTICINCO CENTAVOS.

GRAN FABRICA DE TABACOS Y CIGARROS

EL BORREGO

Fábrica, **Libertad núm. 2** } MÉXICO { Despacho central, **Capuchinas, 12**

La gran acogida que el público ha dispensado siempre á los famosos PUROS y CIGARROS de esta marca, nos obliga á emplear en nuestras manufacturas las mejores ramas de San Andrés, Jaltipan y Acayúcan: papel catalan, marca «España y México,» que es sin disputa alguna el mejor que se ha importado, por su blancura y buen arder.

Tambien recomendamos á nuestros constantes favorecedores la elegante marca LA ASTURIANA, cuyos cigarrillos de hebra pueden competir con los mejores en su clase.

EL BOTIN ESPAÑOL

GRAN ZAPATERÍA DE FRANCISCO PURON

Nº 5—CALLE DE VERGARA—Nº 5.

MÉXICO.

El mejor Establecimiento en su género.—Escogidos oficiales y materiales superiores.—El mejor corte y más elegante para niños, señoras y hombres.—Completa reforma en todo.—Almacen por mayor y menor.

Calzado de los mejores talleres españoles.

SOMBRERERIA ESPAÑOLA

DE

SALVADOR CORMINAS

15 = Calle del Refugio = 15

ESPECIALIDAD EN LAS MEDIDAS

En esta acreditada casa se encontrará siempre un gran surtido de **Sombreros Jaranos** y de **Fantasia**, así como para niños y niñas, á *precios módicos*.

Por mayor y menor.

LIBRERIA DE LA ENSEÑANZA

DE

N. CHAVEZ, EDITOR.

PORTAL DEL ÁGUILA DE ORO NÚMERO **7.**

Apartado del Correo Número 331.

HISTORIA CRITICA DE LA LITERATURA Y DE LAS CIENCIAS EN MEXICO
Por FRANCISCO PIMENTEL.

Cada quince dias, á contar del 1º de Enero, se publicará una entrega de 32 páginas, en buen papel, adornada con un retrato, al precio de **25** centavos en la capital y **32** centavos en los Estados, franco de porte.

En esta Librería hay un surtido completo de efectos de escritorio, y todo lo concerniente al ramo de enseñanza.

4 LA DROGUERIA PINTADA DE AZUL 4

CALLE de la PROFESA

Calle de la Profesa **4**

ANTIGUA DROGUERIA DE LA PALMA

CARLOS FELIX Y COMPAÑIA

ANTIGUA DROGUERIA DE LA PALMA

Calle de la Profesa **4**

CALLE de la PROFESA

El ALMACEN MEJOR SURTIDO y MAS ACREDITADO de la CAPITAL

Surtido completo de todos los artículos del ramo
EFECTOS DE TLAPALERIA.
DEPOSITO DE TODAS LAS ESPECIALIDADES anunciadas en los periódicos.
Aparatos Hidroterápicos de Walter Lécuyer.

APARATOS NEVERAS DE DELPY.
VINOS TINTOS PUROS Y JEREZ, garantizados.
COGNAC Y CHAMPAGNES superiores.

PERFUMERIA EXTRAFINA
de Pinaud, Coudray, Roger y Gallet, Lubin, Legrand (Oriza), Atkinson, Gosnell, Rieger, Colgate y Comp., Lundberg, etc., etc.
Veloutina CH. FAY, legitima.

Vinagre de Benjuí, de Gelle, la preparacion más higiénica para el cútis.
Gran surtido de CAJAS y NECESERES para obsequios.
Polveras y Borlas.—Cepillos de todas clases.—Adornos para tocador.

4 LA DROGUERIA PINTADA DE AZUL 4

GUANTERIA Y PELUQUERIA

DEL BUEN TONO

OBJETOS DE LUJO Y DE GUSTO

GUANTES DE CABRITILLA

P. MICOLO

ESQUINA DEL ESPIRITU SANTO Y 3ª DE SAN FRANCISCO

CASA DENTAL

DEL

Dr. Figueroa

2ª de PLATEROS Núm. 2

MEXICO.

AVISO.

Se ha puesto á la venta un interesante libro dedicado á las señoras españolas y americanas. Titúlase «La Mujer juzgada por una mujer,» y es una bella obra debida á la fecunda pluma de la conocida escritora Concepcion Gimeno de Flaquer. Dicho libro se halla de venta al precio de UN PESO, en la librería de Chavez, Portal del Aguila de Oro, núm. 7, en la Librería Madrileña de D. Juan Buxó, y en el centro de suscriciones de J. Ballescá y Compañía, Amor de Dios núm. 4.

EL LIBRO DE ORO

LA NUEVA GUÍA DE MÉXICO PARA 1884.

Con todos los datos indispensables para los hombres de negocios, en un volúmen, propio para llevarse en el bolsillo, de 152 páginas.

Se encuentra de venta en la oficina de *La Patria* y en la alacena de Martinez, al precio de

TRES REALES EL EJEMPLAR.